

del peso de sus mástiles, los que mandó cortar; después dió orden de que se arrojasen al mar todos los objetos que no fuesen indispensables. Estas medidas fueron inútiles, porque la nave se entreabrió cerca de la quilla, y el agua se precipitó con tal violencia y tanta cantidad por la abertura, que ya no hubo esperanza de salvar la embarcación. El almirante seguido de todo el equipaje, bajó á las chalupas que habian llegado para socorrerle, y que á fuerza de remos llegaron hasta *la Niña*.

Al día siguiente por la mañana participó á el cacique la desgracia que le habia sucedido, suplicándole pusiese á su disposición cierto número de sus vasallos, para preservar de una pérdida total la embarcación naufragada.

La noticia de este desastre causó el mayor sentimiento al cacique, llamado Guakanahari ó Guacanagari, y le hizo verter lágrimas. Acudió en el acto con sus gentes al socorro de los españoles, y en aquellas circunstancias los indios dieron una prueba brillante de su probidad: además de no ocultar ni siquiera un objeto de los que se hallaban en la carabela, se espusieron á los mayores peligros por salvar una gran parte. Reuniéronse prontamente muchas canoas, y gracias á tan activa y solícita cooperación, fué trasportado á tierra todo lo que tenia algun valor. Además, el generoso cacique se constituyó en persona guardador de los efectos preservados del mar, y suplicando á Colon que no se desesperase, le ofreció cuanto poseía. Los efectos sa-

cados del buque se depositaron en un sitio inmediato á la habitación del jefe indio, en tanto que se desocupaban las casas donde debian quedar en completa seguridad. No se limitaron á esto solo sus precauciones; puso centinelas al rededor de aquel depósito; aunque eran inútiles, puesto que todos los súbditos de Guakanahari participaban del sentimiento de su jefe y de su afecto á los hombres blancos, llorando por la desgracia que les habia sucedido.

Colon hizo completa justicia á estos salvajes, á su mansedumbre y hospitalario carácter, en el informe que dirigió á la corte de España.

“Estos hombres, decia, son tan afables, tan complacientes con nosotros, que los considero como el mejor pueblo de la tierra: aman á sus semejantes como á sí mismos, y siempre amables y graciosos en sus maneras, están constantemente con la sonrisa en los labios. El rey es muy noble en sus modales y todos los actos de su servicio se verifican con la mayor solemnidad. Lo que he notado especialmente en este pueblo tan digno de interés, ha sido su prodigiosa memoria, la viva curiosidad que manifiesta por todas las cosas y la inteligencia que le induce á investigar las causas y los efectos. Está perfectamente dispuesto á recibir la enseñanza de los conocimientos europeos, y debe hacer rápidos progresos cuando quieran instruirle en ellos.”

No habia tratado el cacique en advertir la pronunciada afición de los europeos al oro; por tanto para

procurarles algun consuelo y alivio en su desgracia, les dió cierto número de placas de aquel metal que tanto apetecian, prometiéndoles que iba á dar sus órdenes para que trajesen mas de un sitio que se llamaba Cibao. A ejemplo de su señor, muchos indios se apresuraron á traer tambien á los españoles placas de oro, recibiendo en cambio con entusiasmo algunas bagatelas de Europa. Uno de ellos que llevaba en una mano un gran pedazo de oro, estendió la otra hácia un español que le ofreció una campanilla. Al instante se apoderó de ella el salvaje, y tirando el oro á los piés del español, huyó como un ladron que acaba de hacer un robo: el indio se retiraba muy satisfecho de que habia engañado al hombre blanco.

Los españoles estaban contentísimos de su permanencia en aquella comarca deliciosa, donde nada les faltaba; pero su jefe estaba devorado por pesadumbres y cavilaciones: habia perdido la mejor de sus carabelas, y habia sido vendido, abandonado por el traidor Pinzon. La nave que le quedaba era tan pequeña, que no podia contener las dos tripulaciones, y además se hallaba en tan mal estado, que emprender con ella un viaje tan largo como el de España, hubiera sido una imprudencia que no podia menos de acarrear funestas consecuencias. Grande era el apuro de Colon y estremada su perplejidad; mas después de haber reflexionado largo tiempo acerca de su penosa situacion, se decidió al fin á dejar una parte de su gente en la isla, donde debia formar una colonia, y embarcarse con el resto para España, á fin

de dar cuenta á los reyes Fernando é Isabel del resultado de sus descubrimientos. Esta resolucion fué aprobada por todos los españoles, muchos de los cuales se ofrecieron á quedarse en la isla. Faltaba disipar los recelos y desconfianza de Guakanahari al ver que los extranjeros iban á establecerse en su reino; pero él recibió el mas vivo placer cuando supo que los seres de origen celestial iban á quedarse á su lado para protegerle, á él y á su pueblo, contra sus terribles enemigos los caribes.

Eran estos un pueblo foroz y cruel que habitaba en muchas islas situadas al Sud-Este y que hacia frecuentes incursiones en la isla de Haiti. Los súbditos de Guakanahari, demasiado débiles para defenderse y resistir á un enemigo tan superior en fuerzas, buscaban un refugio en las montañas, de lo que se librarian en lo sucesivo puestos bajo la proteccion de los españoles. Colon queriendo dar al cacique y á su pueblo alguna idea del arte militar de los europeos, dispuso que sus soldados ejecutasen algunas evoluciones delante de los indios. Estas maniobras dejaron pasmados á los salvajes; pero cuando llegó el caso de disparar los cañones, el estruendo de la artilleria les causó tanto miedo, que cayeron todos al suelo, llevando las manos á la cabeza, como para preservarse del rayo que les amenazaba. El mismo cacique, tan asustado estaba, que no se atrevia á levantarse; pero Colon se apresuró á tranquilizarle, prometiéndole que no se serviria de aquel trueno mas que contra sus enemigos los caribes.

Para que los indios apreciaran mejor los terribles efectos é irresistible poder de aquellos mortíferos tubos que vomitaban el incendio y la muerte, hizo apuntar una pieza cargada con bala contra el casco de la nave encallada: la bala le traspasó de parte á parte, yendo á caer muy lejos al otro lado sobre las aguas. No hay con qué ponderar el asombro del cacique á vista de tal testimonio de fuerza: quedóse estupefacto con lo que acababa de ver y aturdído con lo que acababa de oír, y cuando volvió á su habitacion ya no le quedaba duda ninguna de la naturaleza divina de aquellos seres que disponian del rayo celeste.

Los españoles pusieron al instante manos á la obra para fundar una fortaleza, en cuyo trabajo los indios les ayudaban con mucho celo sin sospechar que por sí mismos forjaban los hierros que les habian de oprimir.

Siempre que Colon bajaba á tierra, el cacique le recibia con las mayores demostraciones de respeto, multiplicando y variando sus atenciones con el almirante, que siempre le pagaba con algun regalillo. Un dia el cacique se presentó con una corona de oro en la cabeza, y llevando á Colon á una casa dispuesta con mucho esmero, se quitó la corona y la puso respetuosamente sobre la cabeza del almirante, que sensible á esta prueba de amistad, se quitó al instante un collar de perlas que solia llevar y le puso al cuello del cacique. Despojándose tambien del lujoso sobre-todo que llevaba puesto, suplicó á Gua-

kānahari que se le pusiese, ayudándole á ejecutarlo: después le puso en el dedo un anillo de plata, y pareciéndole que aun no estaba completamente ataviado, mandó por unos borceguies colorados para que se los pusiese. Estas reciprocas atenciones y mutuos obsequios fueron como los preliminares de la buena fe del tratado de alianza que los dos jefes formaron entre sí.

El fuerte estuvo construido en menos de diez dias, y así que pudo contener la guarnicion, el almirante escogió treinta y ocho hombres entre los que manifestaban deseos de quedarse en la isla y dió el mando de ellos á Diego de Arana. Les intimó y aun hizo prometer bajo juramento, la obediencia al comandante que les daba, y emplear todos los medios posibles para conservar sus relaciones amistosas con Guakanahari, justificando el buen concepto que habia formado de los españoles. Les recomendó tambien el estudio del idioma de los indios, y por último, impuso al fuerte el nombre de Natividad.

Después de haber adoptado las mas sabias providencias y las disposiciones que la prudencia aconsejaba en pro de la nueva colonia, Colon volvió á embarcarse y se hizo á la vela el 4 de enero de 1493. Los indígenas y los españoles que se quedaban en la isla, acompañaron á el almirante con sus aclamaciones y sus plegarias por un pronto y feliz regreso; porque habia mas que atrevimiento, habia temeridad en aventurarse así en un mar desconocido, con una nave cascada y que no podia resistir tan larga navegacion.

El almirante ignoraba absolutamente lo que había sido del traidor Pinzon y de su carabela. Una de dos, ó el comandante de la *Pinta* había perecido con su nave, ó se había dirigido hácia Europa, para tener la gloria de ser el primero que anunciase á la corte de España los grandes descubrimientos que acababan de ilustrar el pabellon español: tal vez tambien para malquistar á el almirante con los reyes Fernando é Isabel y arrebatarle la recompensa debida á sus gloriosos trabajos. Estas sospechas y estos temores estimulaban á Colon á acelerar su regreso, cuya prontitud era de tanto interés para él, como el único medio de frustrar los planes del desleal capitán de la *Pinta*.

Debia además prever toda duda acerca de su veracidad y quitar á una corte suspicaz todo pretexto de negarle la prometida recompensa. Colon sabia ya cómo habérselas con los cortesanos y envidiosos influyentes en el palacio de los reyes, y por lo mismo llevaba en su nave muestras de todo lo que había encontrado notable en los países descubiertos: por supuesto que no se había olvidado del oro, como de la cosa mas estimada é importante. Hizo igualmente embarcar con él cierto número de indigenas de cada una de las islas que había visitado, muchas especies de aves desconocidas en Europa, y otros objetos curiosos, escogidos así en los productos de la tierra, como en los artefactos de los habitantes de aquellos diversos países.

Colon se dirigió hácia el Este, costeano la Espa-

ñola ó Haiti, para examinar al paso las otras localidades aun inexploradas de la isla. A poco tiempo de su partida, el vigía anunció que allá en el lejano horizonte se divisaba una cosa parecida á una embarcacion. Maniobrando al instante para tomar aquella direccion, ¡cuál fué el asombro de Colon, cuando al acercarse, reconoció á la *Pinta* mandada por Pinzon, al que andaba buscando hácia mes y medio! Extraordinario fué el júbilo de Colon y de su gente con aquel encuentro inesperado.

Pinzon pasó á bordo del almirante para justificarse, y aunque esta era empresa difícil, supo achacar su falta al temporal, que á pesar de sus esfuerzos le había apartado del rumbo y hecho perder de vista la carabela del almirante. Esta escusa no podia satisfacer ni engañar á Colon; pero la severidad hubiera sido una gran imprudencia en la situacion precaria en que se hallaba. Su carácter era además propenso á la generosidad y clemencia, y no podia olvidar los eminentes y personales favores que debia á Pinzon. Aparentó, pues, que le convencian sus estudiadas disculpas y volvió á ser amigo suyo, teniéndose ya por dichoso por no verse en la dolorosa necesidad de confiar la relacion de sus descubrimientos á una embarcacion que apenas podia sostenerse en el mar.

La codicia del oro es la que había tenido á Pinzon separado por tanto tiempo del almirante. Se creyó que desembarcando en otras costas de la Española y explorando otras localidades donde no

hubiesen penetrado Colon ni sus compañeros, en contraria mucho oro: esto en parte lo habia conseguido; pero sin hacer ningun nuevo descubrimiento.

Entre tanto un viento favorable protegia el regreso de Colon á España; la fresca brisa del Oeste inflaba las velas de las naves, que surcaban rápidas el mar, anunciando á los españoles que pronto verian las costas de su patria. Ya las tripulaciones, embriagadas en suaves ilusiones de gloria, creen escuchar los gritos de sorpresa y admiracion con que es acogida la noticia del descubrimiento del nuevo mundo; mas los aterradores preludios de una violenta tempestad vienen á disipar las esperanzas de los españoles. Densas nubes se forman y agrupan al Oeste, cuando Colon se hallaba aun á cien leguas de las Azores, donde podria encontrar un refugio. La borrasca se aproxima y con ella densas tinieblas que convierten en lóbrega noche la brillante claridad del dia. Los hombres de la tripulacion sumergidos en cruel ansiedad, esperan el desenlace de aquella crisis, que debe ser terrible: todos tienen sus ojos clavados en Colon, que siempre sereno, siempre intrépido, da sus órdenes con una imperturbable sangre fria.

Las olas se inflan, se elevan, y las naves traqueadas, en vano luchan contra su furor; el viento rasga las velas, hace saltar las cuerdas y crugir los mástiles. Los relámpagos trazan en la oscuridad surcos de lúgubre resplandor, mientras que retumba el trueno y torrentes de agua se precipitan so-

bre las carabelas. En fin, la tempestad estalla con todos los signos precursores del naufragio, el estrépito del rayo se mezcla con el bramido de las olas, y las dos navas juguete de ellas, tan pronto son levantadas hácia el cielo, tan pronto bajan precipitadas á un abismo que parece va á tragarlas.

Todos los corazones están helados de terror, y los hombres de la tripulacion, consternados, abatidos, expresan de varios modos el pavor que les causa aquella situacion desesperada. Unos puestos de rodillas, levantan al cielo sus manos suplicantes, para pedirle la conservacion de sus dias, mientras que otros pálidos y sin movimiento, guardan un sombrío silencio, cual si ya estuviesen heridos por la muerte. Otros hacen voto de ir en peregrinacion, descalzos y en camisa, á la iglesia mas inmediata, dedicada á la Santísima Virgen, en el primer país cristiano adonde el cielo les permita llegar.

En vano Colon recurre á todos los medios que la prudencia indica á un marino experimentado; en vano intenta reanimar el valor y actividad de las tripulaciones; todos permanecen inmóviles, mientras que la tempestad redobla su furia, contra la que serian ineficaces todos los recursos del hombre. Conociendo Colon la inutilidad de la lucha, se entró en su cámara; mas no para prorumpir en estériles lamentos, ni en aquellos desahogos á que recurren los hombres débiles y pusilánimes: un solo pensamiento le ocupa, el de asegurar á la España y al universo entero el resultado de sus descubrimientos, y que no

se pierda aquel camino que ha sabido abrir hasta el nuevo mundo.

Colón coge un pergamino y escribe aceleradamente las noticias más importantes acerca de los países que ha descubierto, le envuelve en un lienzo empapado en aceite, y después de haberlo preservado además con una tela encerada, mete el paquete en un barril cerrado cuidadosamente y le arroja al mar. Pensaba, con fundamento, que las aguas llevarían aquel barril á alguna costa donde siendo recogido podría revelar los secretos que le estaban confiados. No satisfecho aun, colgó de la popa de la nave otro barril con las mismas instrucciones, el que no podría desprenderse hasta el momento y sitio del naufragio. Ejecutadas estas dos cosas, el almirante resignado, esperó más sereno los decretos del cielo; ya si perece será sin pena y sin remordimientos, porque juzga que el fruto de sus trabajos no será perdido para el porvenir.

Entre tanto no cambiaba la situación de las dos carabelas, y sus tripulaciones espuestas á los mismos peligros tenían sin cesar la muerte ante los ojos. El huracán no cesaba un solo instante en toda la noche, y la desesperación continuaba reinando en las dos embarcaciones; pero al fin, aquella noche tan larga, tan espantosa, se acaba, y con los primeros rayos del sol, aparece y se destaca en lontananza una tierra como salida del seno de las aguas. La esperanza renace en todos los corazones; pero ¿qué tierra es aquella cuya vista tanto regocija los áni-

mos? El mismo almirante lo ignora: observa, duda, y en fin, cuando se puede distinguir más la costa, falla que la que tienen enfrente es una de las islas Azores.

Se hallaban todavía á distancia bastante considerable de la isla, y además la furia del viento hacía muy peligroso el acercarse á la costa. Por impaciencia que hubiese de bajar á tierra, tuvieron aun que andar costeano durante cuatro días, que no fueron escasos de peligros para aquellos fatigados marinos. *La Pinta* había vuelto á perderse de vista, ignorándose si había naufragado ó si su comandante, á favor de las tinieblas, había vuelto de nuevo á sustraerse á la vigilancia de Colón, para adelantarse á España á dar las primeras noticias de los descubrimientos. Al fin cesó la borrasca y Colón pudo entrar en la rada, donde ancló.

Los portugueses vinieron al instante á traer á los españoles los refrescos que tanto necesitaban, haciéndoles preguntas para saber de dónde venían y adónde iban. Los españoles informados de que había una ermita consagrada á la Virgen, á poca distancia de la costa, pidieron permiso á el almirante para cumplir el voto que habían hecho durante la tempestad.

Colón concedió este permiso á la mitad del equipaje, bajo la condición de que habían de volver prontamente á bordo, para que la otra mitad pudiese cumplir igualmente su piadoso deber. Los marinos desembarcaron, y descalzos y en camisa, confor-

me se habían obligado por su voto, se dirigieron al sitio, en que según las señas de los portugueses se hallaba la ermita de la Virgen.

Creíase que pronto estarían de vuelta; pero las horas pasaban y ellos no volvían. Viendo que la noche se acercaba, Colón sospechó alguna perfidia de parte de los portugueses, y tuvo que esperar hasta el día para averiguar la causa de la tardanza de su gente. ¡Cuáles fueron á la vez su sorpresa y su indignación, cuando al día siguiente supo que la guarnición portuguesa había hecho prisioneros á aquellos hombres desnudos y sin armas, sorprendiéndoles en una infame emboscada!

El almirante poseído de justa indignación contra los autores de semejante perfidia, dirigió al gobernador reclamaciones que no tuvieron ningún resultado: entonces juró que sabría tomarse la justicia por su mano y que no saldría de la rada sin hacer todo el daño que pudiese y llevarse cien portugueses. El gobernador intimidado con las amenazas de tan terribles represalias, envió una comisión á informarse de si él y sus gentes estaban realmente al servicio de España. Colón no solo respondió afirmativamente, sino que á mayor abundamiento manifestó los reales despachos de Fernando é Isabel, lo que hizo que los prisioneros españoles fuesen puestos en libertad. Sin duda que el gobernador había formado el plan de apoderarse de Colón y tenerle detenido con toda su gente, para que el rey de Portugal pudiese apoderarse de los países que

acababan de ser descubiertos; pero la prudencia del almirante en permanecer siempre á bordo, hizo abortar el complot, y el gobernador juzgó que el mejor partido que tenía que tomar, era dar libertad á los marinos y disculparse diciendo ignoraba fuesen españoles.

Colón deseoso de salir cuanto antes de aquella tierra inhospitalaria, se hizo á la vela, y cuando esperaba llegar al término de sus trabajos y sus desgracias, todavía otro nuevo contratiempo vino á hacer problemática su vuelta á España. Una tempestad casi tan terrible como la que había sufrido al acercarse á las Azores, alejó su buque de las costas de España, y rompiendo las velas, poco faltó para que le echara á pique; la tormenta iba en aumento hacia ya cuarenta y ocho horas, y la situación del buque era de las más críticas, cuando á media noche el piloto avisó que las olas le empujaban contra unas rocas, en las que indudablemente se hubiera hecho pedazos, si hubieran seguido algunos instantes más aquella peligrosa dirección.

Colón, cuya presencia de espíritu nunca se desmentía, mandó prontamente virar de bordo, y con esta maniobra preservó de una catástrofe á su carabela y á los que en ella iban. Bien pronto reconoció que estaban en las costas de Portugal y á corta distancia de la desembocadura del Tago. Su primer cuidado así que amaneció fué enviar dos correos, uno á la corte de España, para anunciar á los reyes su feliz regreso, y otro á Lisboa pidiendo al

rey el permiso de llegar hasta allí con su nave, que necesitaba algunos reparos. El monarca portugués accedió al instante á lo pedido por Colon, que inmediatamente se hizo á la vela para Lisboa.

Apenas corrió la noticia de la llegada de una nave que por tantos títulos era digno objeto de la curiosidad pública, toda la poblacion de Lisboa acudió al puerto: una inmensa multitud cubria los muelles, y aun se metieron en barcas los mas ansiosos de conocer al hombre extraordinario que habia terminado felizmente una empresa tan difícil. Unos daban gracias al cielo que habia bendecido aquella expedicion, y otros lamentaban la desgracia de su patria, que habia perdido la gloria que le estaba ofrecida, por no haber sabido apreciar el talento de aquel grande hombre.

Aunque el rey de Portugal estuviese pesasoroso por haber desdenado las proposiciones de Colon, cediendo á la influencia de consejeros inhábiles ó pérfidos, y á pesar del despecho que le causaba el prodigioso incremento del poder y riquezas de la España, acogió á el almirante con las demostraciones del mayor aprecio, y le felicitó por el próspero resultado de su expedicion heroica. Por su orden se le hicieron á Colon los mayores honores, se le proporcionó cuanto podia necesitar, y por último, recibió el almirante una invitacion para pasar á palacio, escrita de puño del monarca.

Cuando el almirante se presentó en palacio, toda la corte salió á su encuentro por orden terminante

del rey. En el coloquio que tuvo con el monarca, éste exigió que Colon estuviese sentado y cubierto mientras le hablaba. Colon le refirió todos sus descubrimientos y el monarca no pudo menos de manifestar su admiracion y su pesar. El almirante por su parte conservaba una actitud modesta; pero interiormente le rebozaba el gozo á vista de aquellos viles cortesanos que poco antes le injuriaban como á un miserable forjador de proyectos, y entonces deslumbrados con la brillantez de su triunfo y la gloria asociada á su nombre, procuraban en vano ocultar su vergüenza y obtener el perdon de sus ofensas con los homenajes que le prodigaban.

El rey con seductoras ofertas propuso á Colon el quedarse al servicio de Portugal: en aquellas circunstancias no hubiera creído cara la adquisicion de semejante hombre, aun á costa de la mitad de su reino; pero el almirante, fiel al gobierno español, se despidió del monarca en otra entrevista en que éste volvió en vano á dar otro ataque á su fidelidad.

Embarcóse en la nave compuesta durante su permanencia en Lisboa, de donde salió con ánimo de entrar en el mismo puerto español de que habia partido para ir en busca del nuevo mundo. Entró efectivamente en el puerto de Palos el 15 de marzo de 1493, después de un viaje que habia durado siete meses y once dias.